

La búsqueda de conocimiento de Shri Hánuman

Basado en un relato del *Shiva Purana*

Hace mucho tiempo, en el vasto y antiguo bosque que rodeaba el reino de Kishkindha, vivía una tribu llamada los *vánaras*: seres inteligentes con caras y colas de monos. Los *vánaras* fueron creados por el Señor Brahma para apoyar a las fuerzas de la luz en la batalla épica que se narra en la escritura clásica del *Ramáyana*. El Señor Shiva mismo vino a la tierra como el más grande de los *vánaras*, Shri Hánuman, que estaba destinado a desempeñar un papel significativo en esta batalla.

Cuando Hánuman era todavía un niño pequeño, recibió inmensos poderes de los dioses. De su protector, Vayu, el señor del viento, Shri Hánuman recibió la habilidad de viajar a cualquier parte; de Brahma, el señor de la creación, el poder de cambiar su forma a voluntad, y de Vishnu, el señor que sostiene el universo, el don de la devoción. Surya Dévata, señor del sol y guardián del conocimiento, le prometió que cuando llegara el momento justo, él le daría instrucción a Shri Hánuman.

Puesto que era un ser divino, Shri Hánuman creció muy rápido. Su infancia pasó como un rayo. A su madre, Ánjana, le pareció que en un momento Hánuman era un bebé y al momento siguiente había crecido por completo: fuerte como una manada de elefantes y veloz como el viento.

— ¿Qué haremos con la educación de Hánuman? —le preguntó Ánjana a su esposo, Késari.— Necesita aprender los Vedas y todas las ciencias que sustentan estas santas escrituras. ¡Creció tan rápido, que no hubo tiempo para su escuela!

—Sí —estuvo de acuerdo Késari—. Hánuman estará preparado para usar sus grandes poderes con sabiduría y discernimiento sólo después de que haya absorbido este conocimiento eterno.

—¿Pero a quién podemos encontrar que le enseñe?

—No necesitamos buscar más lejos que a aquel que brilla sobre nosotros cada día —dijo Késari y añadió—, recuerda, Surya Dévata ofreció enseñar a Hánuman.

—El Señor Surya sería un maestro maravilloso para nuestro hijo —dijo Ánjana—, aunque está tan lejos.

Ella sabía, sin embargo, que tenía que permitir que su hijo dejara la seguridad del hogar por el bien de su propio desarrollo, así que Ánjana fue a contarle de estos nuevos planes para él.

El a menudo travieso y activo Hánuman en ese momento estaba sentado sobre una gran roca, al lado de un arroyo, sumido en sus pensamientos.

—Hánuman —dijo Ánjana—, tu padre y yo pensamos que es el momento de que empieces tus estudios. Tu cuerpo ya ha crecido, y es tiempo de que disciplines tu mente a través del estudio de las escrituras sagradas.

—Gracias, madre —dijo Hánuman—. Tengo un profundo anhelo por el conocimiento de las escrituras. ¿Quién será mi maestro?

—Surya Dévata —dijo Ánjana con gran satisfacción—. Él representa la luz que está en todos nosotros. El Señor Surya es un símbolo de la luz de la Verdad, que conocemos como el Ser Supremo. Mañana, puedes ir al Señor del Sol y pedirle humildemente que te acepte como su estudiante.

—Me sentiría profundamente honrado de estudiar con el Señor Surya —dijo Hánuman, mirando por encima del horizonte poniente, donde Surya Dévata justo estaba pintando el cielo de vívidos tonos rojos, naranjas y dorados—. ¿Pero cómo podré alcanzarlo jamás?

Ánjana sonrió:

—Hánuman querido —dijo—, ¿te has olvidado de quién eres en verdad? — Tomándolo de los hombros le dijo:— Tú eres un ser divino. Estás bendecido por los dioses. Tienes la velocidad del viento y el poder de cambiar tu forma a voluntad. Si tienes fe en ti mismo, Hánuman, puedes lograr cualquier cosa.

Shri Hánuman asintió y, con las manos juntas, se inclinó ante el glorioso sol poniente.

A la mañana siguiente, el joven *vánara* se levantó antes del alba, ansioso por llegar hasta su maestro celestial y comenzar sus estudios. Shri Hánuman salió caminando, hacia el aire quieto y se puso de cara al este, donde una tenue luz fulguraba en el horizonte. Formuló la intención de alcanzar a Surya Dévata e, inhalando profundamente, Hánuman creció más alto que el árbol más alto del bosque y saltó hacia el cielo.

Shri Hánuman voló más rápido que el pensamiento, como un cometa incandescente en el cielo antes del alba. A medida que la Tierra retrocedía detrás de él, lanzó un mirada hacia atrás y enmudeció de asombro: la Tierra parecía una joya radiante en la infinita oscuridad del cielo.

Shri Hánuman retomó su propósito, y en unos instantes estuvo en la presencia magnificente del Señor Surya.

Surya Dévata viajaba a través de los cielos en su glorioso carruaje de luz. Su vehículo maravilloso, con miles de centelleantes gemas incrustadas, era jalado por siete caballos blancos. A medida que esos magníficos corceles cabalgaban por el aire, sus crines despedían chispas de luz produciendo arcoiris en todas direcciones. Y sin embargo, el

rostro resplandeciente de Surya Dévata era tan deslumbrante que las muchas luces que lo rodeaban se oscurecían en comparación.

Cautivado y admirado, Shri Hánuman se alinéó con el movimiento del Señor Surya, a fin de poder volar al lado de su carruaje.

—Te saludo, Señor de la Luz, guardián del conocimiento, tú, que te iluminas por ti mismo —dijo Hánuman, con las manos juntas sobre el pecho y la cabeza inclinada.— Por favor acéptame como tu estudiante e ilumina mi alma con tu sabiduría divina.

—Hánuman —dijo Surya Dévata—, estoy feliz de verte otra vez. Has crecido en gracia y velocidad desde la última vez que nos vimos. Me encantaría aceptarte como mi estudiante —e hizo una pausa.— ¿Pero cómo podría enseñarte? Como puedes ver, nunca estoy quieto. Debo moverme a través de los cielos constantemente, irradiando la luz que da la vida. Nunca puedo permanecer en un lugar.

—Querido Señor, comprendo que tu *dharma* es moverte perpetuamente a través de los cielos, y yo siempre estaré agradecido por tu luz dadora de vida. Si aceptas enseñarme, puedo moverme por el cielo *contigo*, captando cada preciosa palabra que pronuncies.

El Señor Surya sonrió:

—Tienes un entusiasmo espléndido —dijo—, y esto es importante para el estudiante de las escrituras. Sin embargo, si vas a aprender los sagrados mantras de los Vedas, necesitas estar frente al que te enseña en todo momento.

—Entonces me moveré hacia atrás —dijo Shri Hánuman, desplazándose veloz frente al carruaje y volviéndose para quedar de cara a su maestro—. Tomaré mi dirección desde ti —prosiguió Hánuman— manteniendo tu faz radiante siempre ante la mía.

El Señor Surya estaba impresionado con el compromiso y anhelo de Hánuman:

—Entonces, muy bien —le dijo—, comencemos.

Surya Dévata recitó la totalidad de los cuatro Vedas sagrados junto con las seis escrituras explicativas. Día tras día, rodeando la tierra mientras se movía hacia atrás y miraba a los ojos de su maestro, Shri Hánuman absorbió cada preciosa palabra en su interior. No estaba consciente de nada más que de la luz radiante de Surya Dévata, que lo saturaba y que nutría cada fibra de su ser. Los versos y mantras dorados de los Vedas florecían dentro del estudiante como flores de la Verdad.

Cuando Surya Dévata hubo completado su recitación, le pidió a su estudiante que repitiera lo que había aprendido. Shri Hánuman recitó impecablemente cada mantra, cada verso de los cuatro Vedas y los seis *shastras*. Tan solo al escucharlo una vez, ¡se había aprendido todo de memoria!

—Has escuchado cuidadosamente —le dijo Surya Dévata a su estudiante—. Absorbiste cada una de mis palabras.

Hizo una pausa:

—Has de saber esto, Hánuman: Tú siempre has tenido esta sabiduría dentro de ti. Lo que te di sirvió como una llave para abrir la puerta de tu propia sabiduría. Siempre tendrás acceso a esa sabiduría ahora. Es momento de que regreses a tu casa y reflexiones sobre todo lo que has aprendido.

Sobrecogido de gratitud, Shri Hánuman juntó las manos sobre su corazón e hizo una inclinación profunda ante su maestro:

—Señor Surya, así como traes la luz del sol a nuestros días, has llenado mi corazón y mi mente con la luz del conocimiento del Ser. Al dejarte, ¿qué ofrenda puedo hacer para expresar mi gratitud?

—Te agradezco por tus palabras de gratitud —dijo Surya Dévata con una sonrisa—. Tu constancia y dedicación fueron mi recompensa por enseñarte.

Shri Hánuman volvió a inclinarse, aunque insistió:

—Querido Señor, te pido hacerte una ofrenda, no por ti. No hay nada que necesites; esto lo sé. Te lo pido por mí. Lo que me has dado es tan precioso que siento que debo ofrecerte algo a cambio.

Complacido una vez más con su estudiante, el Señor Surya lo miró pensativo:

—Hánuman, ciertamente te voy a pedir algo.

—Por favor hazlo, Señor Surya —dijo Hánuman acercándose, en su anhelo por escuchar.— Por favor, dime lo que puedo hacer.

—Ve con mi hijo, el Príncipe Sugriva de los *vánaras*. Vuélvete su compañero y consejero. Estaré enormemente complacido con este servicio tuyo.

Los ojos de Shri Hánuman se llenaron de lágrimas de gratitud:

—Con gran alegría serviré al Príncipe Sugriva. Sé que al servirlo a él estoy cumpliendo tu deseo. Gracias, Señor.

Shri Hánuman volvió a inclinarse y luego, dándose la vuelta, voló de regreso, veloz como la luz, al brillante planeta azul que es la Tierra. Y así empezó su viaje hacia el Príncipe Sugriva, que a su vez habría de llevarlo a conocer al Señor Rama y a cumplir con su noble destino.



El Shri Shiva Purana es una de las escrituras veneradas de la India, un vasto compendio de historias sagradas, enseñanzas filosóficas, himnos y guías sobre cómo llevar una vida virtuosa. La compilación y el registro de las primeras versiones se cree que datan aproximadamente del siglo VI d.C., aunque las historias mismas describen eventos que se piensa que ocurrieron miles de años antes.

Narrado por Rashmi Smith

Ilustración de Peter Needle

Diseño y diagramación de Ārush Castañeda

© 2018 SYDA Foundation®. Todos los derechos reservados.